

Juan Pablo Roa Delgado

Bogotá, Colombia, 1967. Estudió Letras en Bogotá 1992, su ciudad natal y se especializó en Lengua y Literatura Portuguesas en la Universidad de Lisboa, Portugal, 1993-1994. Ha publicado los libros de poesía: *Ícaro*, 1989 y *Canción para la espera*, 1993. Varios de sus poemas han aparecido en revistas como *Realidad Aparte*, New York, EE. UU., 1994, *Ulrika* Bogotá, Colombia, 1999, *Mississippi Review*, Hattiesburg, EE. UU. 2000, *Barcelona 080*, Barcelona, España, 2001, *Armas y Letras*, Monterrey, México, 2001, *Turia*, Teruel, España, 2001, *Alforja*, Ciudad de México, México, 2002 y *La Poesía Señor Hidalgo*, Barcelona, España, 2001. Además de editor, se ha desempeñado como traductor del italiano y del portugués. Ha colaborado con reseñas críticas en revistas como *El Malpensante*, Bogotá y *Quimera*, Barcelona. Desde el año 2000 reside en Barcelona, donde se desempeña como editor. Es cofundador y codirector, junto con Roberta Raffetto de la Revista de Poesía *Animal Sospechoso*, editada en Barcelona. En 2004 quedó como finalista del XII Premio de Poesía Gabriel Celaya 2004, por su poemario inédito *El basilisco*.

Preludio

Detrás del telón de la vigilia
un grito aterido nos espera;
al dormirnos
sus súplicas nos despiertan
y nos dictan su sentencia:
enfrentar al monstruo,
matar al último dios.

Los dioses cansados y los mitos en ruinas
resuenan con su eco
por las galerías de nuestros lugares sagrados.

La soledad abatida
nos espera en los pasillos de nuestro universo privado:
allí conviven los gritos desgarrados de hombres antiguos
junto con las voces del primer hombre
que habita en nosotros.

Poema ínfimo

Tengo el verbo caer
en este momento oscuro
en que tú no estás,
para decirte:
cae mi rostro
sobre esta calle empedrada
y yo te espero
con la espalda apoyada en este muro;
cae el muro sobre este rostro
y yo tengo el verbo caer
en este momento oscuro
en que tú no estas

Sin título

Las aldeas y los trópicos
no saben de su destino
más allá del desierto

Todos saben que la muerte
no va más allá de la noche

El funcionario cobra el impuesto
sin desgano

La ciudad es un mosaico
que se forma sin descanso

El oscuro dios de la muerte
no teme al sol en su embriaguez.
Esta es la ceremonia que da espera al astro sol,
presencia silenciosa en la penumbra

Canción para la espera

Una bandada de palabras
vuela y se dispersa
en este día que es de hojas

El gemido errático de un dios vagabundo
dispersa estos pasos que son de hombre
que no tienen más designio
que abatir la carga leve que es la vida

Sueña corazón con este mundo:
El sol es la palabra y el hombre estrella
en este largo día que es de hojas

La bestia herida
sabe que la muerte está fresca
y que el cansancio se hace sombra
en este largo día que es de espera

Cae el yelmo sobre la hierba seca
y este es el leve día que es de sombras

Jardín de las delicias

La imagen es precisa. Ella plancha tarde en horas de la madrugada mientras él le llena la cabeza de recuerdos, de músicas extrañas. Le cuenta su vida como si viniera de otra geografía. Ella elogia su desnudez al lado de la plancha. Cada vez demora más el paso del calor sobre la ropa: quiere que la noche no termine.

Pero él le llena la cabeza de recuerdos, de músicas extrañas. Su vida, su desnudez, sus palabras. Todo pende de un hilo delicado, y, sin embargo, a la hora del amor, nada parece más fuerte que sus palabras. La plancha, su desnudez, sus gestos.

Todo es vida de esplendor para el olvido

I

Subes por las ramas del verano hasta la música. Es el 15 de agosto que te habla de tambores, que te anuncia una luz aun más blanca que el verano. India independiente se asoma a la oscura leche de la madrugada y hasta su fiesta desciende la escarcha de viejas maderas conocidas: lo que escuchas es el bálsamo de la ciudad sin noche adonde vamos, el silencio que nombra una especie de derrota sin testigos.

Subes por la música del verano a buscar la nostalgia sin deseo del que huye, y la ebriedad festiva del tiempo en que las palabras eran la noche. Aún se anuncian las voces de un 15 de agosto hoy festivo en el aire del verano que todo lo consume; cifras, cálculos pendientes del árbol que somos a la deriva de la sangre bailan una música cingara que recuerda a la misteriosa hembra del basalto.

Subes con el viento de la infancia hasta la soledad de los helechos, hasta la tierra negra y húmeda del monte en

que aprendiste a conciliar la suavidad del musgo con la máscara. Pero ahora los cuerpos de la noche te acompañan y una canción de abrazos y piscinas visitadas se abre paso en tus palabras: sólo la noche permanece en una ecuación semejante al deseo y es allí donde corres por el verde del jardín en una extraña competencia sin balones. En la córnea fijas para siempre el movimiento de los urapanes y el silencio del bosque sin memoria donde persiste la memoria de tu padre.

Subes al recuerdo con la marea tardía del verano en busca de la piedra solitaria del silencio y desde allí dibujas el arbusto a la vera del riachuelo que fuiste cuando niño, un arbusto entre piedras y estanques donde aún flotan viejas preguntas sin respuesta.

Es la tela de araña que te engendra, que te protege de la sorpresa de las aguas, es el resplandor que ilumina la liturgia de los carnavales, la llama del verano que todo lo consume.

Lejos de la lluvia el tigre noctámbulo del tiempo revivido te protege, te permite observar la danza luctuosa de la flor estéril sin memoria, y el acorde festivo de un agosto en que el elefante blanco de la India mugió con sus palabras de país enorme al lado de la lluvia.

II

Llega la estación de la sequía y lejos del agua, de su sorpresa que todo lo aniquila, escuchas al tigre noctámbulo del tiempo que revives. Allí asaltas la entraña del silencio, la lenta corrosión del tiempo en tus afectos en busca de la premonición inversa del que fuiste. Saltas por una estrecha seda de recuerdos y tocas una luz aun más blanca que la Vía Láctea en su esplendor.

Lejos de la estación de las lloviznas, lejos de la región donde reside la elevada región de los nevados, buscas arder como el espíritu elemental del fuego; allí revives el retablo de urapanes y sonrisas familiares entre el verde de las hojas y en esa improvisada selva imitas el ojo escrutador del caimán sobre las aguas. Sólo así encuentras las palabras escuchadas, los gestos de parientes que resume nuestra mano, y la lenta corrosión sin tiempo que te convierte en la última leyenda de la casa.

III

Tus palabras hablan de un país enorme de comarcas que
perecen y vuelven de su nube
del mosto de un riachuelo que alimenta la flor de la
memoria.

Así la danza que suma los días transcurridos al pan de la
memoria, al ritmo que convoca las aguas de tu río;
así el tigre de Bengala y su vigilia vespertina,
así las bailarinas del Punjab y sus tambores que invocan a
las formas del letargo, así el dulce far niente de un verano
en que hablas con la novia luctuosa del poema.

Y el agua transparente será por fin la noche, la geodesia
donde penden viejas sombras visitadas.